



Tema 21: "No endurezcáis vuestro corazón". El pecado venial y el arrepentimiento intenso

El alma en gracia es una maravilla. Se cuenta que en el monasterio de la Encarnación de Ávila, Jesús enseñó en una ocasión a Santa Teresa un alma en gracia y la Santa dice que le pareció como un diamante bellísimo lleno de la luz divina de la Trinidad viviendo en ella. Por eso dice la Santa que **si conociésemos esta maravilla, jamás cometeríamos un pecado.**

En el mismo sentido, San Bernardino de Siena dice: "Aunque Dios crease tantos cielos como gotas de agua tiene el océano, su belleza reunida no igualaría a la de un alma en gracia". El pecado mortal, por tanto, es la ruina de esta belleza, es como una bomba que destruye esa maravilla.

Pero hay otro mal que, sin llegar a matar la vida de Dios en el alma, **la debilita de tal manera que puede acarrearla unos males verdaderamente insidiosos y de consecuencias muy tristes. Es el pecado venial**, del que nos conviene conocer bien sus causas, efectos y remedios.



incluso buenos **sacerdotes** que pueden hasta llegar a ser heroicos en la entrega, en la actividad, pero no sencillamente santos?"

El padre Lallement (+1635) decía: «*Es extraño ver a tantos religiosos que no llegan a la perfección evangélica después de haber permanecido en estado de gracia cuarenta o cincuenta años, con misa y oración diarias, ejercicios piadosos, etc. «No hay por qué extrañarse, pues los pecados veniales que continuamente cometen tienen como atados los dones del Espíritu Santo; de modo que no es raro que se vean en ellos sus efectos... Si estos religiosos se dedicasen a purificar su corazón [de tantos pecados veniales], el fervor de la caridad crecería en ellos cada vez más, y los dones del Espíritu Santo resplandecerían en toda su conducta; pero jamás se los verá manifestarse mucho en ellos, viviendo como viven, sin recogimiento y sin atención al interior, dejándose llevar por sus inclinaciones, descuidando las cosas pequeñas y evitando únicamente los pecados más graves».*

Es decir, **los pecados leves tienen la triste capacidad de impedir que las virtudes se vean perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo.**

1. Qué son los pecados veniales

Los pecados veniales son **ofensas a Dios, relativamente leves, que aunque no destruyen la gracia de Dios en el alma, la predisponen al pecado grave o mortal.**

Dice el Catecismo de la Iglesia: "El pecado venial debilita la caridad; entraña un afecto desordenado a bienes creados; impide el progreso del alma en el ejercicio de las virtudes y la práctica del bien moral; merece penas temporales. El pecado venial deliberado y que permanece sin arrepentimiento, **nos dispone poco a poco a cometer el pecado mortal.** No obstante, el pecado venial no rompe la Alianza con Dios. Es humanamente reparable con la gracia de Dios. No priva de la gracia santificante, de la amistad con Dios, de la caridad, ni, por tanto, de la bienaventuranza eterna" (CIC 1863).

San Juan de la Cruz habla de estas "imperfecciones" y dice de ellas que son: «*como una común costumbre de hablar mucho, un asimientillo a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, a libro, habitación, tal manera de comida y otras conversacionillas y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír, y otras semejantes*».

San Agustín dice que los pecados o imperfecciones no deliberadas son inevitables, pero que tienen mucha importancia en la vida espiritual: "El hombre, mientras permanece en la carne, no puede evitar todo pecado, al menos los pecados leves. **Pero estos pecados, que llamamos leves, no los consideres poca cosa:** si los tienes por tales cuando los pesas, tiembla cuando los cuentas. Muchos objetos pequeños hacen una gran masa; muchas gotas de agua llenan un río. Muchos granos hacen un montón. **¿Cuál es entonces nuestra esperanza? Ante todo, la confesión...**"

2. Efectos de los pecados veniales en el alma

1º. Predisponen al pecado mortal y refuerzan la inclinación al mal

Aunque, como decimos, el pecado venial no mata la vida de Dios en el alma, sin embargo sí **la debilita y enferma**, de manera que **refuerza su inclinación al mal** dificultando el ejercicio de las virtudes, puesto que éstas se acrecientan siempre con actos buenos e intensos (virtuosos).

Por eso los pecados leves **predisponen al alma a cometer pecados graves**, del mismo modo que la enfermedad predispone a la muerte. Pues «*el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho*» (Lc 16,10).

2º. Frenan o frustran el avance espiritual del alma

Quizá a veces nos preguntemos ¿por qué avanzamos tan poco en la vida espiritual? ¿Qué nos sucede? ¿Qué sucede en tantos cristianos piadosos, incluso de misa diaria, que no avanzan como quisieran? Con frecuencia, después de años de perseverancia arrastran las mismas debilidades e imperfecciones de siempre. ¿Qué está fallando? En este sentido se preguntaba el papa Benedicto XVI: "¿Qué ocurre con tantos cristianos,

"Porque lo mismo me da que un ave esté asida a un hilo delgado que a uno grueso, porque, **aunque sea delgado, tan asida se estará a él como al grueso en tanto que no lo quebrare para volar. Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar, pero, por fácil que sea, si no le quiebra, no volará. Y así es el alma que tiene asimiento en alguna cosa, que, aunque más virtud tenga, no llegará a la libertad de la divina unión**" (San Juan de la Cruz, 1 Subida 11,4)

3º. Impiden también la intimidad divina

Es cosa evidente que quien incurre en pecados habituales y deliberados, aunque sean muy leves, **no puede ir adelante en la intimidad con el Señor**, supremo bien del alma.

Santa Teresa del Niño Jesús decía que ella quería no sólo hacer la voluntad de Dios, sino **complacerle en todo...** Así se situaba, en relación con Dios, de la manera más adecuada: amarle con todo el corazón, como al mejor de los Padres, como al más amante de los Esposos. Con esta disposición interior (la del primer mandamiento: "Amarás al Señor con todo el corazón...") se ve claro que **las faltas voluntarias, aunque sean pequeñas, no pueden sin ofender al Señor, porque son faltas de amor, y para el verdadero amante no hay faltas menores, si son voluntarias.** Qué pensaríamos del amor de un hijo por su padre, si reaccionara preguntando a un policía: "dígame, ¿pegar a mi padre un puñetazo tiene cárcel o no?".

También San Ignacio dice que el segundo grado de humildad o de amor a Dios consiste en estar dispuesto si fuese necesario, a **morir antes de cometer un pecado venial deliberado.**

Y Santa Teresa tiene la total convicción de que los pecados veniales deliberados son un importante obstáculo para la vida de santidad de una persona. En algún sentido, viene a decir, pueden ser **peor freno de la vida interior que los mortales, porque ante estos solemos reaccionar con fuerza, pero ante los veniales, nos acomodamos más fácilmente**, la conciencia puede más fácilmente adormecerse.

4º. Conducen a la tibieza y a la mediocridad espiritual

Escribe el Papa Francisco: "El camino de la santidad es una fuente de paz y de gozo que nos regala el Espíritu, pero al mismo tiempo requiere que estemos «con las lámparas encendidas» (Lc 12,35) y permanezcamos atentos: «Guardaos de toda clase de mal» (1 Ts 5,22). «Estad en vela» (Mt 24,42; cf. Mc 13,35). «No nos entreguemos al sueño» (1 Ts 5,6). Porque quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. **Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose.**

La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una **ceguera cómoda y autosuficiente** donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que «el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz» (2 Co 11,14). Así acabó sus días Salomón, mientras el gran pecador David supo remontar su miseria” (Gaudete et exultate).

Es el peligro de caer en la tibieza en la vida espiritual. **La tibieza suele surgir de una dejadez prolongada en la vida interior. A un estado de tibieza siempre preceden una cadena de pequeñas infidelidades** (descuido habitual de las cosas pequeñas, descuido del examen personal de conciencia, falta de metas concretas en el trato con el Señor...). Se va “tirando”. Se abandona la lucha por ser mejor, la tensión por la santidad.

El estado de tibieza se parece a un plano inclinado en el que casi imperceptiblemente nos separamos de Dios. Aparece **de manera casi insensible** cierta preocupación por no excederse, por quedarse en el límite para no cometer pecado grave y se justifica esta actitud de mil maneras (naturalidad, salud, eficacia apostólica...). Se justifican así pecados veniales, afectos desordenados, apegos a cosas y personas, comodidades, gastos inútiles, iniciativas al margen de la obediencia, etc. Y el resultado es que se lucha poco contra las tentaciones, la piedad resulta incómoda y se seca el deseo de tratar con Dios.

El tibio ha dejado el amor a un lado. Su corazón se ha llenado de pequeños egoísmos y compensaciones buscadas a su alrededor. Un síntoma muy claro es ir teniendo cada vez más cosas, más caprichos, más necesidades y menos desprendimientos. Se ha producido un vacío interior que es preciso llenar (esto es más que síntoma, consecuencia).

Según San Juan de Ávila algunos síntomas de mediocridad son: **1.** Hablar palabras ociosas; **2.** El deseo de oír novedades; **3.** Llegar tarde a la oración y estar muy presto para salir; **4.** Sentir el corazón seco para lo espiritual; **5.** Tener ojos abiertos a vidas y faltas ajenas y cerrados a las propias faltas; **6.** Falta de devoción y desgana en la recepción de sacramentos; **7.** Incomodarse por las correcciones y huir de ellas, y quejarse de las faltas de los otros.

5º. Tienen serias consecuencias prácticas y eternas

En todo pecado mortal o venial hay culpa, que atrae sobre el pecador una pena eterna y una pena temporal. **El perdón de Dios quita del pecador la culpa y la pena eterna; pero queda en el pecador, como consecuencia de su pecado, la pena temporal,** cuya importancia no debe ser ignorada. La pena temporal que consiste sobre todo en el **debilitamiento para el bien** y el **reforzamiento de la inclinación al mal,** trayendo consigo muchos sufrimientos.

Estos pecados nos privan también de muchas gracias que hubiéramos recibido en conexión con aquellas gracias actuales que por el pecado venial rechazamos. Por ejemplo, una persona, rechazando por pereza la gracia de asistir a un retiro, se ve privado quizá de un encuentro que hubiera sido decisivo para su vida.

“¿Nos damos cuenta del daño que los mismos pecados veniales hacen en nosotros y en los prójimos, tanto en lo espiritual como en lo material? Un hombre, con su frivolidad, puede perjudicar gravemente a una muchacha, y ésta puede sufrir graves daños por su curiosidad o su ligereza. Una mujer, con su desorden, su impuntualidad o su charlatanería, puede llevar a su marido al borde de la desesperación. Un jefe de taller o de oficina, con sus manías, puede hacer que el trabajo sea para sus subordinados un verdadero purgatorio. Un negocio, levantado con grandes sacrificios familiares, puede ser arruinado por las pequeñas negligencias de un tarambana. El mal genio ocasional de un cura puede alejar de la Iglesia a una persona de poca fe. Un joven, que por vanidad, conduce su moto con imprudencia, puede matar a un niño... Sí, las culpas pueden ser leves, pero los males por ellos causados pueden ser muy grandes. Es decir, la gravedad de los pequeños pecados puede ser apreciada por la importancia de los males que a veces producen. Y aún son más terribles, por supuesto, los daños causados por los pecados mortales” (J.M. Iraburu)

“Por otra parte, no debemos ignorar ni olvidar las consecuencias del pecado en la otra vida, aunque la misericordia de Dios nos libre del infierno. Recordemos que **en el purgatorio (purificatorio) han de expiarse todas las penas temporales no redimidas en esta vida,** sean

debidas a pecados mortales ya perdonados, o derivadas de pecados veniales, perdonados o no antes de la muerte. (...) Los pecados, también los veniales, si no fueron seguidos de una penitencia suficientemente profunda, **frenan el crecimiento en la gracia,** y producen así en la persona disminuciones cuyas consecuencias pueden ser eternas” (J.M. Iraburu).

3. Algunos remedios contra el pecado venial

1º. El arrepentimiento intenso (Compunción)

Es necesaria la compunción o arrepentimiento intenso, que **es una gracia de Dios.** En los *Apotegmas* de los padres del desierto, leemos que uno de ellos confesaba: «Si pudiera ver todos mis pecados, tres o cuatro hombres no serían bastantes para lamentarlos con sus lágrimas» (MG 65, 161). Y otro explica la causa de esa actitud: «Cuanto más el hombre se acerca a Dios, tanto más se ve pecador» (65,289).

Pero ese acercamiento a Dios, a su bondad, a su hermosura, explica a su vez por qué **la compunción no es sólo tristeza, sino también gozo inmenso y pacífico,** un júbilo que a veces conmueve el corazón hasta las lágrimas. «A veces está [el alma] tan llena de compunción y dolor, que sólo las lágrimas pueden aliviarla» (Casiano, Colaciones 9,27).

Por eso es muy grande la importancia de un **arrepentimiento intenso,** pues **cuanto más profunda es la contrición por el pecado, más concede Dios la reducción o incluso la anulación de la pena temporal.** La contrición, con la gracia de Dios, puede y debe aniquilar (*conterere*, triturar, despedazar) en el corazón la culpa, la pena eterna, y también la pena temporal. La compunción, es decir, la actualización frecuente del arrepentimiento, y la reiteración del sacramento de la penitencia tienen mucha importancia para el crecimiento espiritual. **Se impone, pues, la recepción humilde y frecuente del sacramento de la confesión, con sincero arrepentimiento de corazón.**

Dios nos espera en este sacramento, no como juez, sino con amor de Padre. Es la mejor manera de luchar contra la tibieza y la mediocridad.

2º. Determinarse a la santidad. No ser ni indolentes ni cobardes

“No se da este Rey sino al que se le da del todo. Como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan, mas **no se da a sí del todo, hasta que ve nos damos del todo**” (Santa Teresa de Jesús)

“Digo que importa mucho, y el todo, **una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella,** venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces acaece con decimos: “hay peligros”, “fulana por aquí se perdió”, “el otro se engañó”, “el otro, que rezaba mucho, cayó”, “hacen daño a la virtud”, “no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones”, “mejor será que hilen”, “no han menester esas delicadeces”, “basta el Paternóster y Avemaría” (CP 21).

De San Pedro Poveda: “Hay que hacerse todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo: si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; **si hay que morir, se muere; pero se muere en la batalla, con honra y con gloria, con Cristo, en nombre de Cristo, y para gloria de Cristo**”.

3º. Abandonarse a la acción de Dios, dejándole las manos libres

No dejar que el miedo nos paralice. Dejar a Dios las manos libres con nosotros. El Señor le dijo un día a Santa Teresa de Calcuta: “Has estado siempre diciéndome: ‘Haz conmigo lo que desees’. Ahora quiero actuar. Déjame hacerlo. No tengas miedo, estaré siempre contigo... Déjame actuar. Confía en Mí amorosamente, ciegame”.

Dios tiene que exigirnos, purificarnos, para educarnos y configurarnos con Él. **Por eso permite el dolor y las pruebas, sin que nada se escape de su Providencia. Él hace que el mal y el dolor concurren para nuestro bien.** Admitamos humildemente que no tenemos ni la capacidad, ni la dignidad necesaria para el estado al que Dios nos llama. Necesitamos que Él mismo nos capacite, purificando nuestros vicios y pecados.

**21. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA****ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS**

"Pidamos a María santísima, que nos acompaña y apoya en el camino cuaresmal, que ayude a cada cristiano a **redescubrir la grandeza, diría incluso la belleza de la conversión**. Que nos ayude a comprender que **hacer penitencia y corregir la propia conducta** no es simple moralismo, sino el **camino más eficaz** para mejorarnos tanto a nosotros mismos como a la sociedad. Lo explica muy bien una acertada máxima: *es mejor encender una cerilla que maldecir la oscuridad*". (Benedicto XVI).

Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Concédenos el milagro que te pedimos. El milagro que más te agrada dispensar. Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca.

Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y viril para conquistarte almas. Un corazón amante sin exigir retorno, gozoso de desaparecer en otro corazón, que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida. Así sea.

**Lectura del santo Evangelio según san Lucas 13, 1-9:**

En aquella ocasión se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó:

—¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no. Y si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera.

Y les dijo esta parábola: Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró.

Dijo entonces al viñador: —Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?

Pero el viñador contestó: —Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, el año que viene la cortarás.

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO (Benedicto XVI)

"Convertíos, dice el Señor, porque está cerca el reino de los cielos" hemos proclamado antes del Evangelio de este tercer domingo de Cuaresma, que nos presenta el tema fundamental de este "tiempo fuerte" del año litúrgico: **la invitación a la conversión de nuestra vida y a realizar obras de penitencia dignas**. Jesús, como hemos escuchado, evoca dos episodios de sucesos: una represión brutal de la policía romana dentro del templo y la tragedia de dieciocho muertos al derrumbarse la torre de Siloé. La gente interpreta estos hechos como un castigo divino por los pecados de sus víctimas, y, considerándose justa, cree estar a salvo de esa clase de incidentes, pensando que no tiene nada que convertir en su vida. Pero Jesús denuncia esta actitud como una ilusión: *"¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del*

mismo modo". E invita a reflexionar sobre esos acontecimientos, para un compromiso mayor en el camino de conversión, porque es precisamente el hecho de cerrarse al Señor, de no recorrer el camino de la conversión de uno mismo, que lleva a la muerte, la del alma.

En Cuaresma Dios nos invita a cada uno de nosotros a dar un cambio de rumbo a nuestra existencia, pensando y viviendo según el Evangelio, corrigiendo algunas cosas en nuestro modo de rezar, de actuar, de trabajar y en las relaciones con los demás. **Jesús nos llama a ello no con una severidad sin motivo, sino precisamente porque está preocupado por nuestro bien, por nuestra felicidad, por nuestra salvación**. Por nuestra parte, debemos responder con un esfuerzo interior sincero, pidiéndole que nos haga entender en qué puntos en particular debemos convertirnos.

La conclusión del pasaje evangélico retoma la perspectiva de la misericordia, mostrando la **necesidad y la urgencia de volver a Dios**, de renovar la vida según Dios. Refiriéndose a un uso de su tiempo, Jesús presenta la parábola de una higuera plantada en una viña; esta higuera resulta estéril, no da frutos. El diálogo entre el dueño y el viñador manifiesta, por una parte, **la misericordia de Dios**, que tiene paciencia y deja al hombre, a todos nosotros, un tiempo para la conversión; y, por otra, **la necesidad de comenzar en seguida el cambio interior y exterior de la vida** para no perder las ocasiones que la misericordia de Dios nos da para superar nuestra pereza espiritual y corresponder al amor de Dios con nuestro amor filial.

ALGUNOS PUNTOS PARA MEDITAR

— *¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás?*

Yo soy, Dios mío, tan pecador como aquellos galileos y como cualquier otro pecador sobre la tierra. No puedo estimarme en más, aunque mi vida parezca tal vez intachable a los ojos de los hombres. El pecado, Dios mío, está en el fondo de cualquier corazón que no se entrega plenamente a Ti.

Tengo que volver mi corazón a Ti, Señor y Dios mío, con sumisión total y humildísima a tu santa voluntad.

Soy pecador porque siempre hay algo en mí, aun en mis mejores momentos, que intenta emanciparse de Ti e imponer su autonomía. ¿Qué haré para que todo se subordine en silencio, sin resistencias a tu amor?

Que tu gracia realice en mi corazón esa conversión tan necesaria, en que consiste la verdadera penitencia.

— *Fue a buscar fruto en ella*

Me enseñas, Maestro, con una parábola tan transparente, que no puedo dudar de la lección que quieres darme. Me haces reflexionar sobre la esterilidad de mi vida.

Soy higuera, que no da el fruto que de ella se esperaba. El que esperabas Tú, Dios mío, porque Tú me plantaste y cuidaste de mí.

Tengo una misión recibida de Ti y con ella los medios para realizarla. **No has faltado Tú, Señor; no puedo pedirte más**. Es mi pereza, mi poco espíritu de mortificación y mi amor a la comodidad; es mi egoísmo el que se encierra en la inutilidad de mi existencia.

Tantas necesidades de otros, a cuyo lado paso sin molestarme, sin prestar mi ayuda. ¡Cuántos se acercaron a mí, buscando el fruto y encontraron a lo sumo buenas palabras, apariencias y sólo apariencias, que no calman las hambres!

Muchas veces vivo para mí y sin comprender que el árbol de mi vida es tuyo, y que Tú quieres un árbol fecundo, de cuyos frutos pudieran todos satisfacer su necesidad.

Hoy lo comprendo, Maestro, con tu parábola. La razón de mi vida es ésta: **el árbol para Ti y los frutos para los demás**.

— ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?

Me aterra, Señor, la inutilidad de mi vida. Me decepcionan estas mis manos vacías. Han pasado años y yo debiera estar cargado de buenas obras, como la higuera bien cultivada lo está de sus frutos.

Pero mi rendimiento no corresponde a los beneficios recibidos y a los cuidados que sobre mí ha multiplicado tu providencia.

Nada ha faltado, Dios mío, de lo que era necesario para que mi vida fuese fecunda. Los demás esperaban con razón que revertisese también en algún beneficio de ellos lo que Tú hacías conmigo. Han sido pocos y han sido mediocres los frutos que este árbol ha producido.

Señor, tengo miedo de que quieras ya arrancar definitivamente un árbol tan improductivo. **Ten paciencia conmigo. Aguarda, Señor, un poco y concédeme otra oportunidad, que no quiero defraudar tus esperanzas.**

REFLEXIÓN A LA LUZ DE LA GUERRA EN UCRANIA

Necesidad de la conversión

«No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo» (13, 3.5).

El punto al que Jesús quiere llevar a quienes en este evangelio le escuchaban es la **necesidad de la conversión**. No la presenta en términos moralistas, sino realistas, como única respuesta adecuada a sucesos que ponen en crisis las certezas humanas. Ante ciertas desgracias, advierte, no sirve de nada echar la culpa a las víctimas. Lo verdaderamente sabio consiste más bien en dejarse interpelar por la precariedad de la existencia y asumir una actitud de responsabilidad: hacer penitencia y mejorar nuestra vida.

Esta es la sabiduría, **esta es la respuesta más eficaz al mal**, a todos los niveles, interpersonal, social e internacional. **Cristo invita a responder al mal ante todo con un serio examen de conciencia y con el compromiso de purificar la propia vida**. De otro modo, pereceremos, dice, pereceremos de la misma manera. De hecho, las personas y las sociedades que viven sin ponerse en discusión tienen como único destino final la ruina. La conversión, por el contrario, a pesar de que no preserva de los problemas y adversidades, permite afrontarlos de «manera» diferente.

Ante todo ayuda a prevenir el mal, desactivando algunas de sus amenazas. Y, en todo caso, permite **vencer al mal con el bien**, si bien no siempre a nivel de los hechos, que a veces son independientes de nuestra voluntad, ciertamente siempre a nivel espiritual.

En definitiva: **la conversión vence al mal en su raíz**, que es el pecado, aunque no siempre pueda evitar sus consecuencias.

REFLEXIÓN DE SAN CIPRIANO

«¡Qué grande es la presencia de Dios! Lo vemos actuar con una paciencia sin igual, tanto con los culpables como con los inocentes, con los fieles como con los impíos, con los que son agradecidos como los que son ingratos.

Para todos ellos los tiempos obedecen a las órdenes de Dios, los elementos se ponen a su servicio, los vientos soplan, las fuentes manan, las cosechas crecen en abundancia, el racimo madura, los árboles rebosan de frutos, los bosques verdean y los prados se cubren de flores.

Aunque tiene el poder de vengarse, prefiere esperar pacientemente largo tiempo y diferir, con bondad, para que, si es posible, con el tiempo se atenúe la malicia y el hombre retorne de nuevo a Dios, según lo que Él mismo nos dice en estos términos: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su conducta y viva". Y también: "Convertíos al Señor Dios vuestro, porque es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad".

Ahora bien, Jesús nos dice: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". Con estas palabras nos enseña que, hijos de

Dios y regenerados por el nuevo nacimiento celestial, alcanzaremos la cumbre de la perfección cuando la paciencia de Dios Padre resida en nosotros y la semejanza divina, perdida por el pecado de Adán, se manifieste y brille en nuestros actos.

¡Qué gloria ser semejantes a Dios!; ¡qué dicha tener esta virtud digna de las alabanzas divinas!».

ORACIÓN POR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES (Padre Pío)

Señor, tú eres bondadoso y misericordioso, y todo lo hiciste muy bien, creando de la nada cuanto existe. Señor, tú eres clemente y comprensivo, y no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Señor, tú eres paciente y fiel, y esperas al hijo pródigo e invitas al justo a alegrarse a su regreso.

Señor, tú tanto amaste al mundo, que enviaste a tu Hijo único, no para juzgarnos, sino para salvarnos. Señor, tú quieres que todos los hombres se salven, lleguen al conocimiento de la verdad y sean uno como tú eres uno.

Te pido la conversión de los que, como yo, son pecadores, quiero unirme, junto al Padre Pío, a tu deseo de salvación universal, solidarizándome con mis hermanos y emprendiendo con ellos un camino de sincera conversión.

Dame la gracia de cumplir tus mandamientos alimentando al hambriento, dando de beber al sediento, vistiendo al desnudo, alojando al forastero, visitando al enfermo y al encarcelado, descubriéndote y respetándote en la obra de tus manos. Cambia mi forma de pensar y de sentir, porque muchas veces no parezco hijo tuyo. Permíteme disfrutar al final de los tiempos del banquete que tienes preparado no sólo para los que te conocen y sirven, sino también para aquellos que no han tenido esa gracia y que, a pesar de no saberlo, también son hijos tuyos. Amén.

ORACIÓN PIDIENDO LA CONVERSIÓN DEL ALMA (San Agustín)

Señor mío Jesucristo, peregrino y enfermo, vuelvo a Ti Dios mío, cansado de peregrinar fuera de Ti, y agobiado por el grave peso de mis males. Lejos de Ti no hay abrigo, ni hartazgo, ni descanso, ni bien alguno que sacie los deseos del alma.

Dios de mi salud, ábreme las deseadas puertas de tu casa. Perdóname, recíbeme, sáname de todas mis enfermedades y dame el beso de paz que prometiste al pecador arrepentido y humillado.

¿A quién si no a Ti clamar eh desde el profundo abismo de mis males, oh, Dios mío, y misericordia mía?

Como el ciervo herido desea la corriente de las aguas, así mi alma corre a Ti, sedienta de tu Amor y deseando tu rostro amabilísimo. Oh Verdad y Belleza infinitamente amable del Dios al que tarde amé, y tarde conocí. Qué desdichado fue el tiempo en que no te temí, ni conocí mis delitos

Mis culpas me han envejecido. Me han afeado mis iniquidades. Me han sobrepasado como las olas del mar por encima de mi cabeza.

¡Quién me diera, Dios mío, un amor infinito para amarte y un dolor infinito para arrepentirme del tiempo en que no te amé como debía!

Más al fin te amo y te conozco, Sumo Bien y Verdad suma. Con la luz que Tú me das me conozco y me aborrezco pues yo he sido el principio y la causa de todos mis males.

Que te conozca, Dios mío, de modo que te ame y ya no te pierda. Que me conozca a mí mismo de suerte que sepa aborrecerme y no me busque vanamente en cosa alguna. Que te ame, Suma riqueza de mi alma, de modo que merezca poseerte y me aborrezca a mí, de manera que me vea libre de la gran miseria de mí mismo. Muera yo a mí para no morir con muerte eterna; y viva yo para Ti, Dios mío y Vida mía, de modo que Tú seas mi verdadera vida y mi salud perfecta para siempre.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén